**Sábado IX del TO**

**Ciclo A**

6 de junio de 2020

2Tim 4, 1-8
Sal 70

Mc 12, 38-44

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Continuando con la reflexión del día de ayer sobre esta Segunda Carta a Timoteo, decíamos que Pablo despliega siete modelos de ser pastor y cuatro de mártir.[[1]](#footnote-1) Pues continúa con su exposición y ahora le indica a Timoteo el último prototipo del pastor y el penúltimo del ser mártir.

El último modelo, la característica, del agente de pastoral viene dado por el «*anuncio de la Palabra*», que es el objetivo principal y la razón de ser de su misión. Para recalcarle la importancia de lo que está apunto de decirle, Pablo introduce el tema con toda solemnidad, conjurando en presencia de Dios y de Cristo Jesús juez de los vivos y de los muertos. El anuncio de la Palabra es para cualquier tiempo y ocasión, y el agente de pastoral necesita ser por un lado un verdadero atleta, y por otro una persona de gran paciencia.

Al final del texto de hoy introduce el tercer modelo del ser mártir. Al principio de la Carta había hablado de «*no avergonzare*»; ayer veíamos que para el mártir «*las persecuciones son parte integrante de la vida*». Ahora le dice que el mártir es como un soldado que «*combate el buen combate*». También decíamos ayer que esta segunda misiva a Timoteo era como el testamento espiritual del Apóstol: eso se muestra más evidente a partir de este momento.

Pablo vuelve a hablar de su vida de presidiario, previendo ya que le queda poco tiempo. De hecho, la vida en la cárcel dramáticamente reduce la expectativa de vida y las esperanzas de los presos. Pablo afirma que la sangre de él está para ser derramada en libación. Es un presentimiento de que morirá pronto. Pero, ¿cuál sería la "víctima" del sacrificio? En otras palabras, ¿Pablo cómo entiende el propio martirio? Él lo ve en función de la evangelización. El sacrificio que Dios acepta es el anuncio del Evangelio. Y Pablo asocia a este anuncio la entrega de la propia vida en el martirio. Aspira a que su muerte sirva para ayudar al camino de la evangelización.

Como buen soldado, dio todo de sí; como buen atleta, terminó la carrera. Y dice más: «*conservé la fe*», y esa reserva de energía que lo acompañó por toda la vida. ¿Qué queda por hacer? Los atletas victoriosos recibían la corona como premio. Pablo se siente totalmente libre, libre para Dios. Su final está a la vuelta de la esquina.

Pasemos a considerar el texto del Evangelio. Todo israelita[[2]](#footnote-2) debe pagar impuestos al templo, proporcionados a su condición económica. Teniendo en cuenta que este precepto afecta a todos los israelitas, incluso los que viven lejos de Jerusalén, y que hay mucha gente rica entre ellos, los ingresos del Templo son cuantiosos. De estos ingresos viven también los sacerdotes, muy especialmente los sacerdotes importantes.

Las enormes riquezas depositadas en el Arca, la ostentosa ofrenda de los ricos, el ambiente de esplendor y lujo casi inimaginables ***contrastan violentamente*** con la ofrenda de la viuda, que da dos monedas de cobre del más ínfimo valor. Y esto nadie más que Jesús sabe verlo. Nadie se da cuenta excepto Él.

Una de las constantes de Jesús es que se decanta siempre por la persona más que por la institución, por el *cumplimiento sincero*, de corazón, sin importarle gran cosa el *cumplimiento legal*. La limosna de la viuda, el fariseo y el publicano, la acogida a los niños, las comidas con los pecadores, acercarse a los leprosos.... todo va en la misma línea: aceptar el corazón que quiere buscar a Dios, atender primero a la necesidad de las personas... Jesús es así. Dios es así. Siempre lo pequeño, siempre lo que nada cuenta, siempre lo último. *«Muchos primeros serán últimos y muchos últimos serán primeros»* es casi una constante en el Evangelio, y ***nos asoma al juicio de Dios, nos hace ver con los ojos de Dios***. En la escena del templo, los sacerdotes, los doctores y los fariseos son los primeros, por su función sagrada y su poder, por su ciencia teológica, por su reconocida santidad. Parece que "tienen derecho" a estar en el Templo y al respeto de todo el mundo. La viuda es la última, puede estar agradecida de que no la echen de ahí, porque no es nadie, ni su dinero significa nada para la impresionante riqueza del templo: ella ***a nadie le importa***.

Pero es la primera para los ojos de Jesús. Jesús mira siempre al corazón, sabe estar atento, y sabe dónde está lo auténtico o la apariencia. Jesús es un juez experto que no se deja engañar. Ha hecho un inmenso esfuerzo por convencer a los sabios, a los santos y a los poderosos; se le han cerrado a cal y canto. Ha ofrecido, sin embargo, el camino, la verdad y la vida a la gente sencilla y necesitada, y le han seguido. ***Le han seguido los últimos, le han rechazado los primeros. Y proclama ahora que el mundo lo ve todo al revés, juzga por las apariencias, mientras Dios ve el corazón.***

Esta escena tan sencilla nos desafía una vez más, si nos vemos retratados en ella, como suele sucedernos al enfrentarnos a las escenas del Evangelio. Estas narraciones simples tienen el poder de sacar a la luz lo más íntimo de nuestros escondrijos espirituales.

Las dos monedas de cobre de la viuda no valen nada a nuestros ojos; pero a los de Dios valen más que todos los tesoros. La regla es, en el fondo, la relación entre lo que se ha recibido y lo que se da. Haber recibido poco significa no ser nadie a los ojos de los humanos, e incluso no tener más remedio que vivir de mala manera. Haber recibido mucho significa ser muy considerado y quizá también vivir virtuosamente. Pero los ojos de Dios saben las causas y ***su balanza no pesa apariencias***. Todas las desgracias de la viuda están en la columna de su **haber**, y toda la ciencia y santidad de los doctores están en la columna de su **debe**. Y los ojos de Jesús saben verlo. A Jesús le importa el estupendo corazón de la viuda, que sabe que reconocer a Dios es más importante incluso que comer.

1. Cfr. José Bortolini. *Cómo leer la Segunda Carta a Timoteo. Modelos del pastor y del mártir cristiano*. Ed. San Pablo. Colombia, 2005 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. José Enrique Galarreta*. Los ojos de Jesús*. En <http://www.feadulta.com> [↑](#footnote-ref-2)